

“Miguel Espinosa es un poeta del pensamiento”

Mercedes Rodríguez García, coeditora y amiga de Miguel Espinosa

Entrevista por Gontzal Díez

Diario *La Verdad*, 14 de mayo de 2004

“Sólo la mediación produce arte; la inmediatez sólo es comunicación o información”, escribió Miguel Espinosa a Mercedes Rodríguez, su amiga, su musa literaria. Ella es Juana, con la que se cartea Daniel en *Tribada*; y Azenaia Parzenós en *Escuela de mandarines*. Junto con Javier Marín Ceballos es la coeditora de *Canciones y decires*, un libro que reúne 92 poemas de Espinosa. Sus versos: *Resucitaré, dijo, y entre ellos vendré/ para que la ingenuidad prosiga*.

-¿Qué aporta la poesía de Miguel Espinosa a su literatura?

-Lo que está en todos sus textos: espléndidas ideas y una estética bellísima respecto al uso y la riqueza verbal.

-¿Nos encontramos con el Espinosa más íntimo en sus versos?

-No. Su poesía no es de naturaleza intimista y está bastante objetivizada. En la medida que el lenguaje poético nos acerca más al ser que la prosa, quizá sí sea íntimo.

-Poemas de amor y muerte, ¿están ahí las claves de Espinosa?

-La poesía es siempre una síntesis y por ello, quizá el lector encuentre de forma más fácil, en sus poemas, algunas claves que en la complejidad de su prosa.

-¿Se consideraba un poeta?

-No, él se consideraba un hombre de pensamiento y esas ideas las glosaba en la novela, aunque tenía tendencia a hacer incursiones hacia el mundo poético desde la prosa. No sé si tenía conciencia de la belleza de su mundo poético y es un aspecto que quienes estábamos cerca no lo percibíamos mucho. La sensación, al hablar con él, es que no se consideraba fundamentalmente un poeta.

-Como lectora, como amiga, ¿cómo calificaría el legado literario de Miguel Espinosa?

-El legado de un profundo pensador, de alguien que conocía profundamente el idioma; de un amante del lenguaje. Siempre he tenido una admiración sin límites por su obra, por la obra de un escritor riguroso que nunca ha sido mayoritario.

-¿Por qué no es mayoritario?

-Tenía mucha conciencia de que quería ser perenne en sus textos y no quería abordar temas que la propia moda acabara con ellos; quería una obra perdurable. No sé qué pasa con otros escritores llamados de *éxito*: ¿escriben lo que quieren o lo que pueden?

-¿Qué era lo que más le inquietaba, cuáles eran sus obsesiones?

-La obsesión por crear un pensamiento durable. Creía que había nacido en una época hostil, muy apegada al dinero, a la superficialidad y al ansia de medrar...y eso no lo podía soportar. En la *Tribada* hay algo que le resulta terrible: que una amante suya no es que se vaya con otro sino que se acuesta con otra señora. Pero lo que le parece demoledor es la idea de que parece haber sido por frivolidad y no por un cambio de deseos profundos, que el origen sea un cambio de costumbres, un *ahora voy a ver qué pasa con una señora*; que fuera una consecuencia más de la banalidad del mundo. En su último libro, *El último griego*, el que personalmente me gusta más, aparece la constatación de que su ser estaba desplazado en el mundo que estaba viviendo. La suya era la cultura del mundo del saber y no la de los hechos.

-¿Un escritor tenaz?

-Sí. Escribió en unas condiciones bastante penosas porque pasó una vida de tremendas penurias económicas y, a pesar de todo, seguía y seguía escribiendo con una tenacidad tremenda. George Steiner, en *Presencias reales*, habla de la necesidad absoluta que tienen los escritores de escribir, como si no pudieran dejarlo; y a Miguel le ocurría eso: el mundo de lo real residía en su imaginación, no en el exterior.

-Mirando las fotografías de Miguel Espinosa, aparece allí un hombre de ojos melancólicos.

-Sí. Era una persona de naturaleza alegre y con una biografía que no se correspondía con ese júbilo. Esa alegría no se trasluce en las fotografías...también pueden ser porque era algo miope. No hay muchas imágenes suyas porque hizo una vida muy recoleta y entre gente que no era oficial.

-¿Cómo era su sentido del humor?

-*Rabelaisiano* o, mejor, *cervantino*; tenía un humor muy terrenal y nada sofisticado. Desde luego, su literatura era más sofisticada.

-Decía que escribir era un proceso doloroso, ¿en estos poemas se percibe ese sufrimiento?

-No en todos. Están muy elaborados, pero parecen muy naturales. Y quizá esa elaboración nos aleje de ese dolor real.

-En toda la obra de Espinosa hay una lucha por buscar la palabra exacta, que es, desde luego, la obsesión de todo poeta.

-Él decía que no existían sinónimos, que cada palabra tenía su estricto significado, por eso buscaba la palabra que él creía que en su contexto era la única que reflejaba aquello que él deseaba expresar. Tenía auténtica obsesión por la palabra.

-Heterodoxo, ¿esa es la palabra que mejor le define?

-Le cuadra bastante bien al señor Espinosa. En la época en la que vivió existía un lenguaje oficial, no sólo político, sino en términos sociológicos, y un sentido de protesta frente a esa realidad, sentido que sí tenía. Leyó mucho a los heterodoxos españoles, y eso que el señor Espinosa no leyó mucho.

-¿No era un gran lector?

-No. Leyó muy bien y libros muy seleccionados, pero no mucho.

-¿Tenía algún libro de cabecera?

-Leyó mucho a Cervantes, citaba mucho a Menéndez Pelayo y hablaba, con mucha broma y bastante menosprecio, de Ortega y Gasset. Nos contaba que no lo había leído hasta que nos dimos cuenta de que lo había leído íntegro. Esas bromas las gastaba mucho.

-¿Cómo conoció a Espinosa? Creo que fue en Murcia, en 1954.

-Me acerqué a saludarle por las buenas. Llegué a Murcia para terminar la carrera de Química, que no había forma de finalizar en Madrid por culpa de una asignatura. Yo era una persona solitaria, lectora, visitadora de cafés. Me acerqué al bar Santos, que estaba aislado de las zonas de paso, y una de las tardes vi a un señor que estaba escribiendo; me gustó el aire que tenía y su concentración. Me levanté y le dije: “Oiga, déjeme leer qué está escribiendo porque si dice cosas profundamente interesantes, usted es el hombre de

mi vida”. Dije esa bobada con toda tranquilidad. Él me invitó a sentarme y me leyó un texto. Me hizo una impresión tremenda. Así, poco a poco, comencé a conocerle, incluso durante una temporada no sabía que estaba casado. Pese a mis escasísimas posibilidades económicas, era tal su necesidad que en alguna ocasión me pidió algún dinero prestado. En ese tejemaneje, siempre que me lo devolvía, tomábamos café y hablábamos.

-Martínez Sarrión le ha definido como el Pessoa de la Murcia de los 50; un hombre: toda una literatura.

-Es una comparación estimable.

-Le llaman la musa literaria de Espinosa, ¿le halaga, le molesta?

-Es algo ridículo, claro, también halagador; pero es tonto. Lo que puede ocurrir es que la palabra suscite unos temas de conversación común...pero eso no es una musa. En ocasiones te decía: “Eso que has dicho me lo quedo”. Pero lo hacía conmigo y con mucha gente.

-¿Le dio algún consejo?

-Claro. Que no entrara jamás en el mundo moderno, en la sociedad de consumo y que no fuera con las dignísimas autoridades. Pero, en el fondo, era un consejo interesado: cuanto menos te vayas a otra parte, más estarás conmigo.

-Con todas las cartas que le escribió, ¿con qué frase se queda, con qué destello?

-Son muy hermosas. Pero he visto que cartas que escribió a otras personas, sin ninguna consideración afectiva, son también muy bellas. Tengo la sensación de que el señor Espinosa, cuando escribía, pensaba que era público, como si tuviera que ser leído con la objetividad por otras personas. Me quedaría con aquellas en las que me reprocha cosas, porque están más razonadas.

-Una curiosidad, ¿por qué le llama “señor Espinosa”?

-Quiero que le respeten. En vida le maltrataron un poco llamándole Espinosita, algo que será muy murciano y supuestamente gracioso, pero que, en el fondo, tiene algo de falta de respeto. Quiero separar mi relación con el señor Espinosa, de lo que opino de los textos del señor Espinosa.

